



Las enfermedades respiratorias en el Antiguo Egipto

J. Sauret Valet

Departamento de Neumología.
Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Barcelona.

Nuestros antepasados sufrieron enfermedades agudas y crónicas de la misma manera que el hombre actual, puesto que la enfermedad, en cualquiera de sus múltiples variantes, es tributo obligado de todos los seres vivos desde el momento mismo de su alumbramiento. Lo difícil es saber si eran las mismas u otras diferentes a las que hoy nos aquejan. Para poder averiguar este interesante dilema no queda más remedio que acudir a los antiguos tratados médicos o seudomédicos, aunque, por desgracia, de las vagas referencias, fruto de la observación no siempre acertada, y de las pócimas y remedios empíricos utilizados, en la mayoría de ocasiones no se pueden obtener datos fidedignos, y menos aún en lo que concierne a las neumopatías.

Sin embargo, en la civilización conocida como del Antiguo Egipto se produjo un fenómeno religioso-cultural que nos permite disponer de fuentes objetivas, gracias al examen directo de los restos de seres humanos que vivieron en el valle del Nilo hace tres o cuatro mil años. Me estoy refiriendo, por supuesto, a la fascinante rama de la paleopatología que se dedica al estudio clínico y anatómico de las momias.

La palabra momia procede del vocablo persa "mumeia" o "mun", que significa algo así como brea, haciendo referencia a una sustancia procedente de la descomposición de las momias que fue utilizada con fines médicos durante la Edad Media. La momificación tenía dos claros fines: conseguir que el cuerpo del difunto permaneciese incorruptible, y mantener la apariencia física del cadáver lo más semejante posible a la que tuvo en vida. Estos dos objetivos eran esenciales para asegurar la inmortalidad del "ka" o espíritu.

Durante más de dos mil años los embalsamadores egipcios practicaron su arte adquiriendo, en tan prolongado espacio de tiempo, una habilidad y destreza extraordinarias. No obstante, los conocimientos anatómicos y fisiológicos eran muy rudimentarios y en gran parte erróneos. Los médicos egipcios concedían gran valor a la respiración —el pneuma o aliento— y lo dividían en un "aliento de vida" (inspiración) y

un "aliento de muerte" (expiración), pero se equivocaban lamentablemente al considerar a los oídos no sólo como órganos auditivos, sino también respiratorios, ya que creían que el "sonido de la vida" entraba por la oreja derecha y el "sonido de la muerte" por la izquierda. El pneuma vital se difundía hasta los pulmones y el corazón y, a través de los "metu" o vasos sanguíneos, al resto del organismo.

Los papiros médicos ofrecen poca información acerca de las enfermedades respiratorias, que son mencionadas en unas cuarenta prescripciones, pero sólo como síntomas (tos, expectoración, etc.). Es posible que practicaran la auscultación directa, o al menos así parece deducirse de un fragmento médico del papiro de Ebers que dice textualmente: "El oído siente aquí debajo..." También se ha especulado sobre si realizaron traqueostomías, basándose en unos dibujos en tablilla que muestran a un hombre (¿médico, sacerdote?) dirigiendo un cuchillo a la garganta de un supuesto enfermo, e incluso se ha lanzado la hipótesis de traqueostomías, para insuflar el pneuma de la vida a faraones envejecidos.

Volviendo al asunto de la momificación, guardaron tan celosamente su secreto que las únicas noticias disponibles las tenemos indirectamente de dos extranjeros griegos que visitaron el país: Herodoto (siglo I a.C.) y Diodoro Sículo (siglo I d.C.). Veamos la descripción del proceso según el primero de estos historiadores:

"Tienen oficiales especialmente destinados a ejercer el arte de embalsamar, los cuales apenas es llevado a su casa algún cadáver, presentan a los familiares unas figuras de madera, modelos de su arte, las cuales con sus colores remedan al vivo a un cadáver embalsamado. La más primorosa de estas figuras, dicen ellos mismos, es la de un sujeto cuyo nombre no me atrevo a publicar. Enseñan después otra figura inferior en mérito y menos costosa, y por fin una tercera más barata y ordinaria, preguntando de qué modo y conforme a qué modelo desean adornar al muerto. Una vez cerrado el contrato, ejecutan de esta manera el embalsamamiento de primera clase. Empiezan metiendo por las fosas nasales del difunto unos garfios encorvados, y después de sacarle con ellos el cerebro, introducen sus drogas e ingredientes. Abren después el abdomen con piedra de Etiopía aguda y cortante, sacan los intestinos, lavan la cavidad con vino de palma y luego con aromas molidas, llenándola

Recibido: 12-7-94; aceptado para su publicación: 26-7-94.

Arch Bronconeumol 1994; 30: 506-507



posteriormente con finísima mirra de casia e infusiones aromáticas cosiendo después la abertura. Tras estos preparativos tratan secretamente el cadáver con natrón durante setenta días, único plazo que se concede para guardarle oculto; luego se le faja con ciertas vendas cortadas de una pieza de lino, untándole con aquella goma de que se sirven los egipcios en vez de cola.”

Como puede observarse, Herodoto no menciona los órganos torácicos, pero se sabe por el examen de las momias que los pulmones eran extraídos desde el abdomen mediante una incisión en el diafragma. Por tanto, las únicas vísceras que respetaban eran los riñones, por su situación retroperitoneal, y el corazón, al que atribuían poderes especiales. Tanto es así, que si por alguna causa era dañado por los operarios de la muerte, ponían en su lugar un amuleto en forma de escarabajo. Los pulmones y las demás vísceras se guardaban en unos bellos recipientes de alabastro llamados vasos canopeos, por estar coronados por una cabeza humana semejante a la figura del dios Osiris de la ciudad de Canopus en el delta del Nilo, y ha sido precisamente el estudio de estos restos conservados durante milenios lo que ha permitido a algunos extraordinarios investigadores, a la cabeza de los cuales debe situarse a A. Ruffer (1858-1917), creador de la paleopatología, ofrecernos una visión bastante exacta de las enfermedades que sufrieron, sin grandes diferencias, tanto las más humildes gentes del pueblo como los altivos sacerdotes, los funcionarios reales y los nobles sin perdonar, por supuesto, a los semidioses faraónicos.

El problema principal con que se enfrentan los paleopatólogos es el deficiente estado de conservación de la mayor parte de las momias estudiadas, excepto en casos aislados. Así por ejemplo, a principios de siglo, una expedición científica bajo la dirección de G.A. Reisner descubrió la tumba de la reina Hetepheres, esposa de Sneferu y madre de Keops (unos 2.500 a.C.). El cuerpo había desaparecido del sarcófago, posiblemente robado, pero el recipiente de alabastro con los órganos torácicos permanecía intacto, y los pulmones, de aspecto normal, habían soportado bien el paso de más de cuatro mil años sumergidos en una solución líquida de natrón.

Las enfermedades infecciosas pulmonares son las mejor referenciadas. En tres momias se ha establecido el diagnóstico de neumonía (dos de la XX dinastía y una del período grecoegipcio), aunque las lesiones inflamatorias observadas deben interpretarse con cautela, ya que podrían tratarse de artefactos necróticos. También se ha constatado la existencia de bronquiectasias.

La tuberculosis ha sido diagnosticada en 31 casos, pero siempre en el esqueleto y sin confirmación bacteriológica. El más famoso es el de la momia de Nesperenhep, sacerdote de Amón de la XXI dinastía (1.000 a.C.) que presentaba signos de espondilitis vertebral y absceso frío secundario en el músculo psoas derecho. Morse ha descrito lesiones fibrosas en el lóbulo pulmonar inferior de una momia femenina, y adherencias en otros casos, lo que le induce a pensar que la tuberculosis afectó a los antiguos habitantes de Egipto.

No hay evidencias de tumores, pero sí de enfisema, antracosis y silicosis. La antracosis no puede relacionarse, por supuesto, con la polución industrial ni con el humo del tabaco. El depósito de partículas de carbón en los pulmones hay que atribuirlo al humo de hogueras en primitivos habitáculos sin chimeneas y con deficientes sistemas de ventilación; y por lo que respecta al hallazgo de microscópicos fragmentos de sílice, podría deberse a la inhalación reiterada de polvo de arena favorecida por las frecuentes tormentas del desierto.

Estos son los hechos más relevantes. No es mucho desde luego, y quizás no sea estadísticamente significativo, pero al menos nos permite recordar que nada es nuevo bajo el sol.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Aldred C. Los Egipcios. Barcelona: Aymá Ed, 1968.
 Brothwell D, Sandison AT. Diseases in Antiquity, Springfield: Illinois, 1967.
 Cockburn A. Mummies, Disease and Ancient Cultures. Cambridge University Press, 1980.
 Ghalioungui P. La medicina en el Egipto faraónico. En: Laín Entralgo P, editor. Historia Universal de la Medicina. Tomo I. Barcelona: Salvat, 1972; 95-127.
 Herodoto. Los nueve libros de la Historia. Vol. I. Barcelona: Ed. Iberia, 1976; 131-133.